

la suerte de la alianza y la admision de la mediacion. El 3o , el conde de Bubna volvió de Viena á Liegnitz donde tuvo una conferencia con el duque de Basano; al dia siguiente volvió á salir para Viena , despues de haber asegurado que volveria pronto con los poderes que se le pedian , y que hubiera debido tener, si su corte hubiese querido de buena fe acelerar la grande obra de la pacificacion.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO CUARTO.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

SEGUNDA CAMPAÑA DE SAJONIA.

CAPITULO PRIMERO.

ARMISTICIO DE PLESSWITZ. — TOMA DE HAMBOURG. — NAPOLEON VUELVE A DRESDE. — CONVENIO DE DRESDE CON EL AUSTRIA. — RETIRADA DE ESPAÑA. — BATALLA DE VITORIA.

LAS conferencias relativas al armisticio se abrieron el 3o de mayo en la abadia de Waldstادت, entre el duque de Vicencio por parte de la Francia , el conde de Schouwalof por la Rusia , y M. de Kleist por la Prusia. Continuaron en Gebersdorf el 31 de mayo y el 1º de junio, y luego en Plesswitz. Las pretensiones de los aliados y la resistencia de Napoleon, que, segun su costumbre , queria dominar las negociaciones, causaron tanta irritacion, que desde luego pudo preveer las dificultades que se le presentaron en el congreso. En fin des-

pues de una batalla verdadera que duró seis dias y que Napoleon creyó haber ganado, el armisticio se firmó el 4 de junio. Es regular que un suceso realmente feliz para Napoleon, la toma de Hambourg donde el general Vandamme entró el 31 de mayo, decidió la conclusion de esta tregua fatal. Desde el 29, la Dinamarca habia renovado su alianza con la Francia, y el ejército dinamarques, mandado por el conde de Schulembourg, se hallaba bajo las órdenes del mariscal príncipe de Eckmühl. Desde entonces, las banderas de Napoleon fueron la única patria de los Polacos de Poniatowski, que, despues de haber tenido que atravesar desarmados las provincias de su aliado el emperador de Austria, las habian vuelto á tomar en entrando en la Lusacia, y hacian parte del ejército francés desde el 1º de junio.

Napoleon salió el 5 de su cuartel general de Neumark, y el 10 se estableció en el palacio de Marcolini situado en un arrabal de Dresde; el mismo dia llegó el baron de Kaas, ministro del rey de Dinamarca, que hizo á Napoleon importantes revelaciones. Los aliados hicieron todo cuanto pudieron en Altona para persua-

dir al embajador que no cumplierse con su encargo hasta ofrecerle anular la cesion hecha á la Suecia del reino de Noruega; pero, el baron de Kaas habiendo persistido, la escuadra inglesa, para vengarse de la adhesion de la Dinamarca á la Francia, se presentó delante de Copenhague al dia siguiente de la toma de Hambourg, renovando una memoria horrosa. Un capitán de navío se atrevió á pedir al rey que consintiese en el término de cuarenta y ocho horas en la cesion despojadora impuesta por una política pérfida, y que, despues de haber admitido una guarnicion extranjera en la provincia de Drontheim, enviase veinte y cinco mil hombres al ejército de los aliados. El rey desechó con indignacion esta intimacion imperiosa, y el príncipe real de Dinamarca, disfrazado en marinero, logró desembarcar en Noruega, donde llamo á todos los habitantes á la defensa nacional. El despotismo ingles ya no disimulaba el papel que queria representar en la crisis actual de la Europa; despojaba á la Dinamarca y declaraba que no admitiria para la Francia, *ni siquiera las bases del tratado de Luneville*. M. de Bubna volvió á Dresde, y, en vez de traer la contesta-

cion á las proposiciones del duque de Basano, se contentó con notificar al gabinete de Francia que los aliados admitian la mediacion del Austria, y que M. de Metternich iba á llegar para seguir la misma negociacion. La ciudad de Praga habia sido adoptada para el congreso, y el emperador de Austria vino con su cancillería y sus ministros al castillo de Gettschin inmediato á la capital de la Bohemia. El mismo dia llegó á Dresde otro personage, el duque de Otranto, que no era el menos peligroso de los amigos de Napoleon, y á quien no se debia permitir la residencia en Paris en tales circunstancias, así es que iba destinado al gobierno general de las provincias Ilirias en lugar del conde Bertrand; pero Fouché pasó por Dresde para visitar á Metternich. Mientras tanto, el mes de junio iba pasando sin que se pudiese abrir el congreso, y las lentitudes del gabinete austriaco consumieron los cuarenta dias del armisticio. En fin, el 27 de junio, M. de Metternich llegó á Dresde estimulado por el duque de Basano que no habia cesado de escribirle que se hallaba con todos los poderes necesarios para negociar. Al dia siguiente este ministro presentó al emperador

Napoleon una carta de su soberano; esta audiencia fue una larga conferencia en que se expusieron las pretensiones del Austria que pedia la mitad de la Italia, la Iliria, la vuelta del Papa á Roma, la evacuacion de la Holanda y de la España, y la renuncia al protectorato de la confederacion del Rhin y de la mediacion helvética. *Lo que se me pide*, dijo Napoleon, *es la mitad del imperio frances*, y luego refirió con calor todos los motivos de agravio que le habia dado el Austria desde el armisticio de Schwartzemberg en Minsk; luego hablando de los convenios secretos de esta potencia con la Inglaterra, la Rusia y la Prusia, y, olvidándose de la reserva impuesta á los soberanos en sus palabras por la superioridad de su rango: *Metternich*, le dijo, *¿cuánto os ha dado la Inglaterra para hacerme la guerra?* Estas palabras no dieron fin á la conferencia; pero es indudable que dejaron mucho rencor en el corazon de Metternich. Estos son los auspicios bajo los cuales los dos ministros firmaron el 30 de junio el convenio relativo á la mediacion austriaca. M. de Metternich volvió á Gettschin con la satisfaccion de haber obrado segun los intereses de su

corte y con el resentimiento de su injuria. El convenio firmado se parecia poco al que Napoleon habia propuesto para la paz general, en el cual habia incluido á la Inglaterra, á los Estados-Unidos, al rey de España, á la regencia de Cadiz y á todas las potencias aliadas de las dos partes beligerantes. Su intento era someter á la mediacion del Austria las bases verdaderas de la paz del mundo, como lo habia dado á conocer en *el Monitor* del 24 de mayo. Jamás, sin duda, ninguna corona tuvo una mision mas honrosa; sin embargo, el gabinete austriaco se obstinó en separar de esta proposicion todo cuanto contenia de generoso; solo quedaba lo que necesitaba para asegurar el éxito de sus proyectos hostiles contra la Francia. Conforme al convenio del 30 de junio, los plenipotenciarios debian reunirse en Praga para el 5 de julio; en consecuencia, el armisticio fue prorogado hasta el 10 de agosto y el gabinete de Viena tomó á su cargo lograr el consentimiento de la Rusia y de la Prusia. No se dió mucha prisa en cumplir con su promesa, habiendo llegado el 12 de julio antes que M. de Metternich diese parte al duque de Basano de que las córtes de San

Petersbourg y de Berlin consentian, y el documento que resultaba de este consentimiento solo se firmó el 26 de julio en Neumark por los comisarios franceses y aliados; de manera que Napoleon, á pesar de la garantía que debia naturalmente darle la mediacion del Austria, experimentó de parte de los aliados un atraso de veinte y seis dias en la ejecucion del artículo mas importante del tratado.

En Praga, el mismo sistema fue adoptado. M. de Narbona, nombrado plenipotenciario con el duque de Vincencio, se habia adelantado y no habia podido ver á los plenipotenciarios de los aliados. El duque de Vincencio llegó el 26 de julio; M. de Humboldt representaba la Prusia y M. de Anstett, nacido en Francia, y por consiguiente incapaz, segun el artículo 20 del decreto de 26 de agosto de 1811, *de servir en calidad de plenipotenciario en un tratado en que iban á discutir los intereses de la Francia*, estaba encargado de los poderes de la Rusia. Todas estas circunstancias, juntas con la eleccion de M. de Anstett, que manifestaba intenciones hostiles, incomodaron á Napoleon; sintió todavía mas haberse comprometido en la carrera de las negociaciones

con unas potencias cuya mala fe se manifestaba palpablemente cuando supo que el Austria, á mas de los convenios que habia firmado en Reichembach con la Inglaterra y sus aliados, habia tomado otros empeños particulares con el emperador Alejandro en su cuartel general de Trachemberg. La Inglaterra se habia valido con el Austria de los mismos medios con los cuales dominaba á Alejandro y á Federico, á quienes dirigia con sus intrigas secretas fomentando disturbios entre la nobleza y el pueblo y conmoviendo los animos, con el fin de intimidar á los soberanos. Los subsidios acabaron lo que las amenazas habian empezado. Napoleon conoció el nuevo pacto que unia para su destruccion, la Prusia, la Suecia, la Rusia y el Austria, diez dias despues de haber admitido á esta última potencia como mediadora. Entonces se hizo cargo de que debia prepararse tambien á la guerra, á pesar del congreso, y que no pudiendo aumentar su ejército, tenia que buscar mas bien en su ingenio militar que no en su política ó en el número de sus tropas, los medios de lucha contra los doscientos mil hombres del Austria, las reservas rusas y prusianas

y el ejército sueco que iban á duplicar las fuerzas que acababa de vencer. Al considerar la defeccion de Bernadotte, y, acordándose de la conducta del rey de Nápoles durante la retirada de Rusia, quizás Napoleon hubiera debido tener recelos con respecto á este príncipe, que, aunque se hallase bajo el peso de un acuerdo secreto con el Austria, ofrecia entonces su espada á su cuñado. Napoleon que conocia su valor no lo juzgó menos fiel y le vió llegar con satisfaccion para tomar parte en nuestros últimos combates como príncipe frances.

Durante el armisticio y las largas deliberaciones que tuvieron lugar, el Emperador no cesó un solo instante de seguir las relaciones exteriores, los negocios del interior y de arreglar con una incansable actividad todo lo concerniente al ejército; se puede decir que desempeñaba por sí todos los ministerios de su gobierno. Ningun objeto, por mínimo que fuese, se le escapaba; comboyes, artillería, movimientos de tropas, policía de los acantonamientos, construccion de nuevas plazas, provisiones; su vigilancia se extendia á todo. En medio de tantos elementos de confusión, rei-

naba un órden admirable; la Sajonia se vió preservada por él de los males que suelen resultar de la presencia de los ejércitos en un pais; con los tesoros que de antemano habia juntado en los sótanos de las Tullerías, pagó todos los gastos y tenia corriente la paga de las tropas. Los aliados, vencidos en Austerlitz, en Jena y en Wagram, le habian suministrado la reserva preciosa de que se valia ahora para resistir á sus nuevos ataques. Dresde, protegido por unas obras recientemente construidas, ofrecia á la vez el aspecto severo de un campamento militar y el movimiento de una brillante capital. Napoleón, sereno, aunque agitado, en medio de una corte numerosa, y de un estado mayor que no lo era menos, estaba vigilando al mismo tiempo sobre la Alemania, la Francia, la Italia y la España; las noticias recibidas de este último pais eran poco lisongeras. Wellington, alentado por nuestros desastres, y tambien sin duda por el defecto de una direccion fuerte que se dejaba percibir demasiado, bajo un príncipe incapaz de desempeñar sus funciones militares y políticas, habia vuelto á tomar la ofensiva el 28 de mayo á la cabeza de se-

tenta mil hombres obligando al rey José á retirarse de Madrid. El ejército frances habia logrado tomar una posicion ventajosa sobre la orilla izquierda del Ebro; pero cuando se supo, en el cuartel general del rey, que el enemigo acababa de pasar aquel rio, se juntó un consejo de guerra. El mariscal Jourdan propuso bajar el Ebro y retirarse sobre Zaragoza para reunirse al ejército del general Clausel, guardando las comunicaciones con San Sebastian, Bilbao, Pamplona y el cuerpo del general Foy. Se podia esperar de detener á Wellington sobre las alturas inexpugnables de Salinas y de Mondragon, y cerrar la barrera de los Pirineos por los movimientos simultáneos de la retirada del mariscal Suchet, que acababa de salvar á Tarragona, y de obligar á lord Murray á embarcarse, despues de haberle batido completamente. El consejo adoptó el dictámen del general Jourdan; José, al contrario, quiso combatir y mandó preparar la batalla para el dia siguiente, 21 de junio. El valor frances sostuvo hasta el último momento su antigua fama; pero nuestros soldados tuvieron que ceder á la superioridad inmensa del número de los enemigos. El combate de Vi-

toria fue glorioso para nuestras armas, y las pérdidas fueron iguales por ambos lados. Pero la imprevisión y la poca habilidad del gefe, que ni sabia mandar ni abdicar el mando, y el olvido de toda precaucion para asegurar la retirada, causaron una desgracia, acaso fácil de remediar, en un desastre que nos hizo perder la España para siempre. Napoleon, luego que recibió estas noticias infaustas, dió al duque de Dalmacia el encargo de ir á detener á los Ingleses. « Os he nombrado, decia la orden » del Emperador, mi lugar-teniente general » comandante de mis ejércitos en España y » sobre los Pirineos..... Tomareis todas las » medidas posibles para restablecer mis nego- » cios en España, y para conservar Pam- » plona, San Sebastian y Pancorbo. » El mariscal llegó á Bayona el 12 de julio; organizó el ejército y le dividió en tres cuerpos mandados por los generales Reille, d'Erlon y Clausel, que formaban un total de sesenta mil hombres. El ejército ingles se hallaba en Irun, ocupando la Navarra baja, y cubriendo los sitios de Pamplona y de San Sebastian; pero Wellington, luego que supo la llegada del duque de Dalmacia, de cuya habilidad estaba

bien enterado, volvió á tomar su sistema acostumbrado de prudencia circunspecta.

En Italia, la presencia del Virey que formó tres cuerpos de ejército sobre el Adige, y la adhesión de los Italianos, convencidos de que sus destinos dependian enteramente de la fortuna de Napoleon, inspiraban bastante seguridad. En Munich, un rey leal y fiel aumentó su ejército hasta el número de cuarenta mil hombres para socorrernos; reinaba una confianza íntima entre Napoleon y el rey de Wurtemberg que descubrió á su aliado las intrigas y las tramas del Austria. Estas revelaciones y las noticias de Praga hicieron conocer al Emperador que no tenia que contar con las negociaciones, y que debia prepararse á la guerra. En consecuencia, tomó sus disposiciones para una segunda campaña. Formó cuatro cuerpos de ejército, mandados por los generales Vandamme, Poniatowski, Arrighi, y el mariscal Gouvion San Cyr, para contener la Bohemia. El Virey recibió la orden de disponerse para atacar, y de procurar entrar en Viena; el ejército bávaro, el noveno cuerpo, mandado por el duque de Castiglione, y la caballería del general Milhaud, sostenian

esta operacion. En España, los mariscales Soult y Suchet, á quienes se encomendó mucha prudencia y mucha firmeza, fueron apoyados por treinta mil hombres pedidos por el Emperador á los departamentos del Mediodia. Se pasó aviso á las guarniciones sitiadas de que iban á empezar otra vez las hostilidades, y se les prometió socorros. Napoleon visitó las plazas del Elba, y reconoció la Lusacia baja, así como las posiciones importantes de Luckau y de Luben. Volvió á Dresde de donde salió el 25 de julio para Maguncia donde habia llamado á la Emperatriz. El 3 de agosto estaba de vuelta, despues de haber dado, acerca de su suegro, un último paso que fue un acto de condescendencia para con su esposa.

Se ha dicho varias veces que si Napoleon, en vez de llevar sus armas en el seno de la Alemania, hubiese aguardado al enemigo sobre las barreras del Rhin, hubiera conservado, bajo la proteccion de una guerra enteramente nacional, la integridad del imperio dentro de los límites fijados por la naturaleza. Despues de haber ganado tres victorias, ¿no hubiera podido igualmente aprovecharse del armisti-

cio para conducir sobre el Mein, al ejército vencedor, los treinta mil hombres del príncipe de Eckmülh y todas las guarniciones que tenia en varias plazas de Alemania? Bastante habia hecho para su gloria militar personal, con haber batido á los aliados á doscientas leguas de su capital con unos meros reclutas. Pero Napoleón se obstinó en creer á la posibilidad de la paz y á la fidelidad de Francisco II; no quiso ver que estaba sentenciado por la Europa y que no podia resistir sino sobre el terreno de la patria, á la cabeza y enmedio de la nacion. Con esta retirada, hubiera protegido con mas eficacia la negociacion de Praga. La Europa vencida tres veces en las llanuras de Sajonia, se hubiese detenido con respeto delante de nuestras fronteras, y hubiera admitido el generoso *ultimatum* que le devolvía su independencia. El ódio, la venganza y las ambiciones extrangeras se hubieran desvanecido al aspecto del coloso de la Francia, armada sobre sus fronteras, y ofreciendo sacrificar á la tranquilidad del mundo, veinte y cinco años de gloria y de conquistas.